

Vida Cotidiana

Querida Diaria:

• Marcela Guijosa •

Como ya dije, a mí, como a mi abuelita, me gusta leer varias veces el mismo libro. O mejor dicho, la misma serie de libros.

Yo, que para escribir soy totalmente incapaz de inventar una trama emocionante, soy adicta a la lectura de novelas policiacas.

Cuando estoy muy cansada, o deprimida, o angustiada, no hay para mí mejor medicina que una de esas novelas. Tengo una enorme colección de ellas, son mi tesoro. Las he leído, fácil, tres veces cada una. Porque tengo la suerte de tener mucho muy mala memoria y, si ya pasaron dos o tres años desde mi última lectura, son para mí como nuevas: no me acuerdo de nada, y la ronda vuelve a empezar.

Y aunque me acuerde. No me importa.

No me parece un género menor en la literatura. Se trata realmente de grandes escritores. Parte de su excelencia consiste en que, además de ser maestros en el suspenso (¿Quién será el asesino? ¿A qué horas el detective lo descubrirá? ¿Mararán por fin a la chava?), todo lo demás es interesantísimo. Es decir, los personajes, los modos de hablar, las atmósferas, el enredo de pasiones, las filosofías que están implícitas en todo ello.

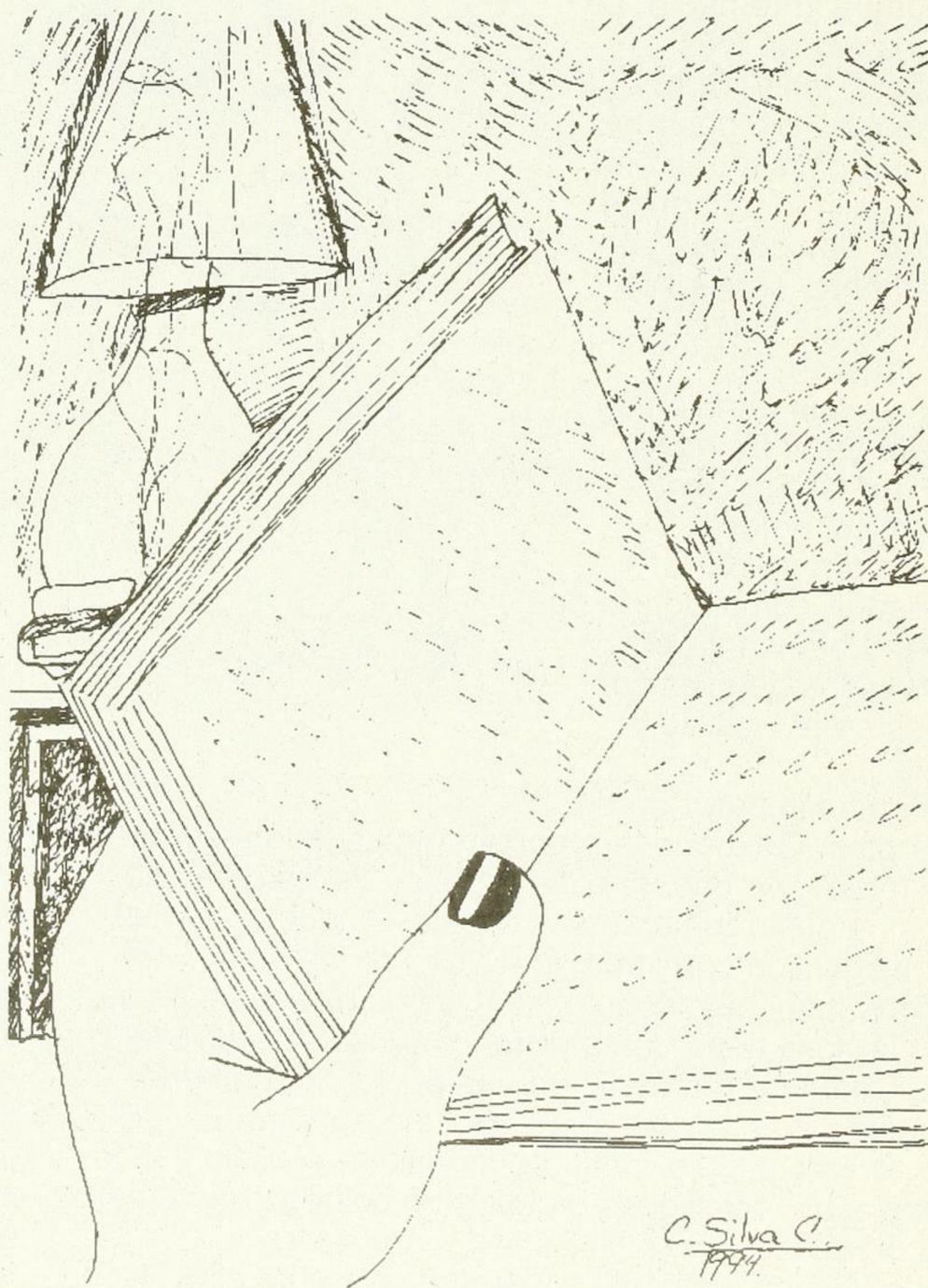
Y lo mejor es que de veras te olvidas de tu propio rollo, de tus propios conflictos, que a veces ya te tienen harta, o por lo menos agotada. Descansas, porque tampoco tienes que pensar mucho, ni te cuesta trabajo esta lectura.

Estos mis autores favoritos son muchos. Me gustan desde las de Sir Arthur Conan Doyle, viva Sherlock Holmes, paradigma de paradigmas, padre de toditos los detectives privados, con sus disfraces y sus lupas, sus increíbles y divertidísimas deducciones, su querido Doctor Watson, tan elemental, tan ingenuo el inocente.

A doña Agatha Christie la adoro sencillamente. Mi detective favorita es Miss Jane Marple, pero ya le he agarrado cariño hasta al propio Hércules Poirot, que es tan pesado el pobre (siguiendo el modelito de Holmes). Siento

que ya conozco Inglaterra; amo y odio a los ingleses, se me antoja una casa de esas, quisiera tener caballos, me sirvo un té cuando la estoy leyendo.

Los gringos también me fascinan. Mi preferido es, por supuesto, Raymond Chandler. Este también es padre: padre de todas las series y películas gringas de detectives, hasta la fecha. Y confieso que también me encantan las de Perry Mason, que no son tan excelentes, pero tienen lo suyo. Esos juicios. Esos juicios maravillosos donde el gran Perry, abogado defensor,



hace picadillo, siempre de los siempre, al maldito fiscal. Esas persecuciones de coches en Los Angeles o en Las Vegas de los años cincuentas. Esa secretaria de Perry, Della Street, tan abnegada, tan enamorada de él sin esperanzas, tan romántica, tan modelo abominable de mujer de esos años...

Rex Stout inventó al detective Nero Wolfe, el mejor cerebro de toda la Unión Americana, que para mí es un ejemplo. Pesa ciento veinte kilos, tiene un enorme invernadero de orquídeas, y come puras maravillas que le prepara su chef de planta, Fritz. A Nero Wolfe le choca trabajar. Trabaja en algún caso sólo cuando ya no tiene dinero o cuando le ofrecen de cinco mil dólares para arriba. No le gusta salir de su casa y trata a todo mundo con la punta del pie. Es majaderísimo, pero lo amo. Le tengo envidia.

Pero creo que mi mero amor, el que más me gusta, es George Simenon, trabaja ahí, junto al Sena, en el Quai des Orfèvres.

Y cada vez que lo vuelvo a leer lo admiro más. Simenon es un extraordinario escritor. Las atmósferas, los personajes, los diálogos, son perfectos. Y Maigret se me ha vuelto un personaje entrañable. Le pongo cara de Ives Montand, viejo. Creo que lo que más me gusta es leer una novela tras otra, con el mismo personaje central. Lo conoces perfectamente, sabes sus hábitos, sus defectos, sus vergüenzas.

Y es que también se parece a mí. Es moralista, romántico pero escéptico, goloso, querendón y apapachador, cumplidor de su deber. Le encanta el chisme, los detalles concretos de la vida de la gente.

Fuma sin parar en su vieja pipa. Odia que le prohíban fumar. Adora sentarse en un café, en una de esas terrazas de los cafés de París; le gusta tomarse sus copas, aunque no es del tipo alcohólico con litros de whisky de los detectives gringos. Más bien coñaques y vinitos blancos o tintos, o su famosa copa de calvador, y nunca se emborracha. Come de maravilla, ya sea en su casa, donde Mme. Maigret, esposa perfecta, le cocina puras delicias, o en cualquier restaurante dizque sencillo donde siempre hay mejillones o chucrut o costillas de carnero a la provenzal.

Le chocan los ricos; se avergüenza ante ellos. No

tolera a los hipócritas. Es piadoso y simpático con las prostitutas y con los borrachos.

Cambian los casos que resuelve, pero permanece él. Y así se te va convirtiendo en alguien muy conocido, como si fuera de tu familia.

El otro día descubrí que claro que es como si fuera de mi familia. Es como mi padre: se parecen en muchas cosas. Pero, además, es como El Padre. Desde cierto punto de vista, me es odioso, precisamente por patriarca, por paternalista. Pero desde otro, cómo lo quiero.

Es que es como el ideal de padre, o como el ideal de hombre. Fuerte, seguro, inteligente. Siempre puedes confiar en él. Calmado, bonachón, está de parte de los buenos y puede ser implacable con los malos. Siempre triunfa. Leyendo las historias de

Maigret, me siento protegida. Cómo no me van a gustar, si estoy en contacto con un hombre bueno, grande, generoso y valiente.

Mis amigas a veces me hacen burla, porque Maigret y los otros detectives son como mis novios. Comparto con ellos mis noches, mis horas libres, mis ratos de soledad.

Sobre todo cuando ando de no muy buen ánimo. De esos días que me siento desprotegida, sola, desconsolada. Necesito a los de siempre, a mis figuras familiares. Soy una pequeña niña huérfanita que extraña a sus papás.

Después del trajín del día, ya en la noche, recorro inconscientemente a mi padre, y cojo del librero una novela de Maigret. La dejo en el buró, saboreándola de antemano. Está junto al cenicero y los cigarros. Prendo la lámpara.

Y también sin darme cuenta, recorro a mi madre. Voy a la cocina, me preparo amorosamente una merienda deliciosa -un sandwich de jamón siempre me parece un lujo, una fiesta, un día de campo, con su mostaza, su jitomate, su rajita de chile jalapeño-. A veces es fruta o

queso. O galletas marías. Un tecito, una agüita de limón. Y continuando con la figura materna, me meto en mis cobijas, me arrellano entre sábanas, almohadas y cojines, si hace frío enciendo el cobertor eléctrico que me regaló mi hermana Susana -y sus manos me apapachan.

Me como mi comida, me enfrasco en la lectura, me voy de viaje a París, de la mano del gran Maigret, me fumo un cigarrito, qué placer, me tapo bien y soy mi propio padre y mi propia madre y mis hermanos y me quiero muchísimo y entonces sigo leyendo y salgo de la orfandad. 

